

ORLANDO PLAZA
Coordinador

CAMBIO SOCIAL EN EL PERÚ 1968-2008

Homenaje a Denis Sulmont

Segunda edición

Capítulo 4



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Cambios sociales en el Perú 1968-2008

Orlando Plaza (coordinador)

© Orlando Plaza (coordinador)

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición Centro de Investigaciones Sociológicas, Económicas,
Políticas y Antropológicas (CISEPA), octubre de 2009

Segunda edición, marzo de 2012

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-993-4

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03819

Registro de Proyecto Editorial: 31501361200248

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LÍNEAS DE FRONTERA Y COMPORTAMIENTO ELECTORAL EN EL PERÚ.

DIFERENCIAS SOCIALES Y TENDENCIAS DEL VOTO EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES PERUANAS: 1980-2006¹

David Sulmont Haak

1. INTRODUCCIÓN

Durante la década de 1990, el escenario político y electoral estuvo profundamente marcado por la figura del presidente Alberto Fujimori y la casi desaparición, en términos electorales, de los actores que habían formado parte del sistema de partidos predominante en la década de 1980: el APRA, Acción Popular, el Partido Popular Cristiano y las agrupaciones de izquierda, cuyos orígenes históricos se ubican en las décadas de los treinta, cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX, respectivamente. En las elecciones presidenciales de 1995, estas agrupaciones no llegaron a obtener más del 6,5% de los votos válidos. En el año 2000, de los grupos citados, solo el APRA presentó un candidato presidencial (Abel Salinas), quien apenas alcanzó el 1,4% de los votos válidos; mientras que en las elecciones parlamentarias de ese año, las listas del APRA, Acción Popular y Unidad Nacional (alianza impulsada por el Partido Popular Cristiano) sumaron 10,5% de los votos válidos.

A inicios del siglo XXI, parecía que los partidos políticos que habían marcado gran parte de la historia política del siglo XX estaban condenados a desaparecer o, en el mejor de los casos, a jugar un rol bastante secundario en la política electoral. La crisis económica y la expansión del conflicto armado interno a finales de la década de 1980 habían minado profundamente la legitimidad de los partidos políticos llamados «tradicionales», permitiendo la entrada de los *outsiders* en la escena política peruana.

¹ Los datos y análisis discutidos en este texto forman parte de una investigación más amplia sobre «El elector peruano del siglo XXI».

Sin embargo, en las elecciones presidenciales de 2001, en el contexto de la transición democrática posterior a Fujimori, algunos de los partidos que formaron parte del sistema político de los años ochenta experimentaron un incremento significativo en sus preferencias electorales. En la primera vuelta presidencial, los candidatos del APRA y Unidad Nacional sumaron el 50% de los votos válidos. En las elecciones parlamentarias del mismo año, las listas de estas agrupaciones, junto con la de Acción Popular, obtuvieron cerca del 38% de los votos. En aquella ocasión, Alejandro Toledo, un personaje ajeno a los partidos políticos tradicionales, ganó la elección presidencial, en gran parte debido a su papel como líder de la oposición durante el tercer intento de reelección de Fujimori en el año anterior. A pesar de ello, partidos como el APRA, el Partido Popular Cristiano (vía Unidad Nacional) y, en menor medida, Acción Popular, parecían haber renacido de sus cenizas luego de la década fujimorista.

Ello se vio confirmado nuevamente en las elecciones presidenciales de 2006, donde los candidatos del APRA, el Partido Popular Cristiano y Acción Popular obtuvieron cerca del 54% de los votos válidos en la primera vuelta. Al igual que en 2001, estas elecciones presidenciales tuvieron su *outsider* en la figura de Ollanta Humala, quien, con el 30,6% de los votos válidos en primera vuelta, obtuvo su pase preferencial a la segunda vuelta, en la cual terminó siendo derrotado por Alan García, candidato del APRA. Luego de dieciséis años de haber traspasado el poder a Alberto Fujimori, el líder del partido político más antiguo del país, volvía a ocupar el sillón presidencial el 28 de julio de 2006.

Un actor ausente en este retorno de los partidos de los años ochenta en 2006 son las agrupaciones que formaban parte de la Izquierda Unida, la cual había llegado a convertirse hacia 1987 en la segunda fuerza política del país. Sus divisiones internas y su posterior incapacidad de construir algún tipo de organización cohesionada, llevaron a los grupos de la izquierda legal a su práctica extinción como alternativa viable en términos electorales en los años posteriores. Algunas de sus banderas o discursos políticos (en especial su crítica a la preponderancia del mercado y la inversión privada como motor del desarrollo nacional) fueron capitalizadas, despojándolas de un ropaje ideológico «izquierdista clásico», por nuevos actores políticos, como Ollanta Humala y su Partido Nacionalista Peruano.

Entre 1978 y 2006, los peruanos han votado en 28 procesos electorales, ello representaría en promedio una elección por año, de no ser por el hecho de que varias de ellas son simultáneas (presidenciales y parlamentarias; municipales y regionales). Once de esas elecciones fueron presidenciales, contando primeras y segundas vueltas. Como se ha indicado, las preferencias electorales de los peruanos han favorecido a diversos actores en diferentes momentos, desde partidos

políticos tradicionales hasta *outsiders*, con posturas programáticas e ideológicas muy variadas. Muchos analistas coinciden en que la volatilidad electoral en el Perú es una de las más altas de la región andina (Roncagliolo & Meléndez, 2007, p. 403), lo que da cuenta de la fragilidad del sistema de partidos peruano y su bajo nivel de institucionalización. Frente a esta oferta electoral volátil, ¿cuáles son los criterios que toma en cuenta el elector peruano para decidir al momento de votar? Esta es la pregunta central que queremos abordar en este documento.

2. ENFOQUES TEÓRICOS CLÁSICOS SOBRE EL COMPORTAMIENTO ELECTORAL

Para reflexionar sobre el comportamiento electoral peruano contemporáneo, resulta relevante identificar algunas perspectivas teóricas desarrolladas por las ciencias sociales y políticas a lo largo del siglo XX. Ello permitirá situar el estudio del caso peruano en un marco analítico más amplio y evaluar la utilidad de las herramientas conceptuales y metodológicas propias de la literatura en este campo de investigación.

Las primeras teorías sociológicas sobre el comportamiento electoral tuvieron su origen en los estudios de las elecciones en Estados Unidos y señalaban la importancia que tenía en la decisión del elector individual el peso de las orientaciones políticas de sus grupos de pertenencia primarios (comunidad, clase social, grupo religioso o étnico). La idea central que guiaba estos estudios es que los ciudadanos tenderán a votar tomando en cuenta principalmente el comportamiento electoral de los miembros de sus redes sociales más cercanas y significativas. Este enfoque fue desarrollado a fines de los años cuarenta a partir de los trabajos de Paul Lazarsfeld (Lazarsfeld y otros, 1968) en la universidad de Columbia, por lo que es conocido en la literatura sobre el comportamiento electoral como la escuela de Columbia.

Otra línea de reflexión teórico-empírica sobre el comportamiento electoral, llamada «la escuela de Michigan» o «el enfoque sociopsicológico», está asociada también con la fase inicial de los estudios sobre comportamiento electoral, desarrollados desde la década de 1940 por investigadores del Social Research Center (SRC) de la Universidad de Michigan, en particular por el equipo dirigido por Angus Campbell (Campbell y otros, 1964). A diferencia de la escuela de Columbia, que enfatizaba la influencia de los factores sociales y de los grupos de referencia, la escuela de Michigan se centra en el conjunto de las *disposiciones y actitudes hacia el sistema político* que desarrollan los individuos y que sirven de elementos de juicio para tomar decisiones al momento de votar. El supuesto básico de este enfoque es que el voto constituye un acto político

fundado por la percepción y el «mapa cognitivo» que tienen los electores respecto de los principales componentes del sistema político. Estos «mapas» o «atajos» cognitivos orientan el comportamiento electoral (la decisión de votar por tal o cual candidato) y se originan a partir de los mecanismos de *identificación partidaria*, que es definida como una adhesión afectiva duradera con alguna de las principales agrupaciones políticas que estructuran la vida política de un país. En la medida en que el ciudadano promedio no maneja la suficiente información o comprende la complejidad de las decisiones políticas que están en juego en una sociedad moderna, la identificación partidaria funciona como un filtro entre el mundo político y el electorado, proveyendo los atajos cognitivos que les permiten a las personas tomar sus decisiones al momento de votar.

Este modelo toma en cuenta también el proceso de socialización, puesto que la identificación partidaria se formaría en etapas tempranas de la vida de los individuos, la cual es a menudo heredada de los padres, y reforzada por el medio social y la adhesión ritualizada mediante la partición habitual en elecciones u otros actos políticos. A diferencia del modelo de Columbia, el modelo de Michigan no considera que las variables como el medio social o familiar, las identidades de clase, religión o grupo étnico, tengan una vinculación *directa* con el voto, pero sí con los factores que permiten desarrollar las actitudes y los *vínculos afectivos con las organizaciones políticas* que permiten el desarrollo de las identificaciones partidarias.

Varios autores (Barnes, 1997; Rose, 2000; Thomassen, 2005; Mayer, 2006) coinciden en señalar que, en los años sesenta y setenta, la creciente volatilidad del voto observada en las democracias occidentales y los procesos de desalineamiento político de diversos sectores sociales respecto de los partidos que tradicionalmente habían captado sus preferencias electorales, pusieron en cuestión la utilidad analítica de los modelos clásicos de Columbia y de Michigan, especialmente el énfasis en las variables relacionadas con los procesos de socialización, el peso de los grupos y las diferencias sociales, o los mecanismos de identificación partidaria e ideológica. Entre los factores que contribuyeron a este proceso se mencionan: la entrada al universo de electores de ciudadanos que no tenían identidades partidarias o políticas preexistentes (jóvenes, mujeres, miembros de minorías étnicas o raciales), la aparición de nuevas problemáticas sociales que establecían líneas de división diferentes a las tradicionales de clase, etnia o religión. Aparecen entonces nuevos ejes de diferenciación política ligados a temas como los derechos de la mujer y de las minorías étnicas, sociales o sexuales; el movimiento pacifista; o el tema de la ecología (Mayer, 2006, pp. 20-21).

En aquellos años, surgieron nuevas perspectivas teóricas, basadas en estudios empíricos comparados, que daban cuenta de un proceso de modernización y desarrollo social (uno de cuyos indicadores es el incremento del nivel educativo

de los ciudadanos y de la movilidad social) que genera grados de autonomía individual cada vez más amplios respecto de las restricciones o determinaciones de los grupos sociales de pertenencia. Posteriormente, estos desarrollos dieron lugar a la formulación de teorías de la «modernización cultural» (Inglehart, 1997; Thomassen, 2005; Norris, 2006), que postulan que el comportamiento político estará crecientemente influenciado por las orientaciones de valores asumidos por los individuos en forma cada vez más independiente de los grupos partidarios o sociales de referencia.

El declive del peso relativo de las variables sociológicas en la decisión electoral, así como el desapego de las identidades partidarias o ideológicas que se ha venido registrando en las investigaciones empíricas sobre el comportamiento electoral en las democracias occidentales desde mediados de la década de los sesenta, han configurado la imagen de un electorado cada vez más sofisticado, cuyas decisiones dependerían con menos frecuencia de las pistas provenientes de las fuentes tradicionalmente identificadas por los modelos de Columbia y de Michigan. Estos cambios sociales acompañaron un mayor énfasis en el desarrollo y uso de paradigmas teóricos y estudios empíricos que enfatizan el peso de los factores individuales y los procesos de decisión racional del electorado. Algunos autores (Mayer, 2006) denominan a este tipo de perspectiva analítica teorías racionales o económicas del voto.

Uno de los modelos que surge de esta reflexión es el del *issue voting* o voto en función de las metas u objetivos que resultan relevantes o valorados para la sociedad o determinados grupos sociales en una coyuntura específica (como el control de la inflación, el mantenimiento del orden público, o «los valores tradicionales»). Otro modelo de este tipo es el llamado *pocketbook voting* o «voto con la billetera», perspectiva de análisis que centra su interés en la medición del impacto de las variables económicas en la popularidad del gobierno y su posible respaldo electoral, bajo el supuesto de que el electorado responsabiliza al gobierno y a los actores políticos del estado de la economía y vota en función de la evaluación que tiene de su *performance* en este campo.

El consenso general de las investigaciones contemporáneas sobre comportamiento electoral (Rose, 2000, pp. 332-339; véase también Barnes, 1997) es que el declive de la influencia de los factores identificados en los modelos clásicos de Columbia y de Michigan, ha hecho que las múltiples y fragmentadas fuentes de pistas o atajos cognitivos que usan los ciudadanos a la hora de votar configuren un patrón de decisiones electorales ecléctico y egocéntrico, donde los elementos claves que son evaluados por los ciudadanos pasan a ser sus juicios sobre el desempeño en el gobierno de los actores políticos o la imagen de los candidatos. El declive del «voto sociológico», a lo largo del tiempo, ha estado acompañado de un incremento

equivalente de voto en función a metas o temas específicos (*issue voting*) o el voto económico.

A pesar de los cambios y las limitaciones de los modelos teóricos clásicos como el de Columbia y Michigan, estos siguen siendo útiles en la medida en que orientan la mirada del investigador en dimensiones complementarias e interrelacionadas con el comportamiento electoral. Siguiendo a Mayer (2006, p. 26), puede decirse que el modelo sociológico nos lleva a considerar que el ciudadano-elector no es un individuo aislado, sino que vive en un territorio o en una comunidad, que participa en redes o grupos de vínculos interpersonales que influyen en la configuración de su identidad y de alguna forma en sus intereses, creencias o valores. Por su lado, el modelo sociopsicológico apunta a la exploración de las actitudes y valores que estructuran la percepción que tienen los electores del campo político. En cuanto a los modelos más recientes como el racional o económico, estos nos invitan a tomar en cuenta los componentes indeterminados y contingentes de la acción política, el margen de libertad, de autonomía y de estrategia que está presente en el voto, así como su reacción al contexto y coyuntura específica del momento electoral.

Además de una decisión política individual, el voto puede ser una expresión simbólica de otras dimensiones de la vida social y política que van más allá de la competencia entre partidos y candidatos diferentes. Las elecciones son en muchas partes y para muchas personas un ritual cívico social de integración o de afirmación de identidades comunitarias particulares (Mayer, 2006, p. 26). Cuando los medios de comunicación califican las elecciones como «jornadas o fiestas cívicas» están aludiendo a este tipo de dimensión.

El voto también puede ser un arma de protesta, de oposición o desafío al sistema político y social o a la oferta política dominante, que expresa el descontento, la insatisfacción o la pérdida de legitimidad de los actores e instituciones del sistema democrático para determinados grupos sociales (Perrineau, 2006). En parte, las elecciones presidenciales de 1990 en las que ganó Alberto Fujimori fueron interpretadas en este sentido. En las elecciones presidenciales peruanas de 2006, varios comentaristas y líderes políticos calificaron algunas opciones electorales, especialmente el voto por Ollanta Humala, como un voto «antisistema» que expresaría este tipo de descontento.

3. VARIABLES SOCIALES Y COMPORTAMIENTO ELECTORAL EN EL PERÚ

Como señalan varios autores (véase, por ejemplo, Rose, 2000, p. 399), la volatilidad electoral y la individualización de la decisión del voto es un fenómeno

bastante extendido en el conjunto de las democracias contemporáneas, incluso en las más consolidadas. Ello tiene además un correlato análogo con la naturaleza cada vez más compleja, fluida e impredecible de la opinión pública que reflejan muchos sondeos de opinión.

Sin embargo, en el caso específico de los llamados «nuevos países democráticos», entre los que se encuentra el Perú, los fenómenos de volatilidad tanto electoral como partidaria se producen en un contexto donde no hay antecedentes históricos que vinculen los diferentes grupos y divisiones sociales con un sistema de partidos y un conjunto de instituciones democráticas que regulen la confrontación electoral en un marco competitivo de larga duración. El reto en estas sociedades es desarrollar una estructura básica para la elección política, precisamente el tipo de marco político que históricamente ha definido las opciones electorales en las democracias occidentales más consolidadas.

En la medida en que los procesos de individualización de la decisión electoral están relacionados con los procesos de modernización social y cultural por los que también atraviesan las nuevas democracias, la posibilidad de que en estos países se construya una «infraestructura de la decisión electoral» similar a la de las democracias occidentales resulta cada vez más complicada. Por lo tanto, uno de los problemas que deben afrontar las nuevas sociedades democráticas es la conjunción tanto de la fluidez de la racionalidad del electorado como de la volatilidad de la «oferta política». Ambos fenómenos incrementan exponencialmente los niveles de incertidumbre de la política, lo que puede tener serias consecuencias en la estabilidad política de las sociedades y, por lo tanto, en las condiciones que aseguran un desarrollo social sostenible a mediano y largo plazo.

Estas consideraciones son particularmente pertinentes en el caso peruano, donde no solo se ha experimentado un desalineamiento radical del electorado respecto de los partidos políticos que formaban parte del sistema de partidos originado en la transición democrática de 1980, sino que desde la década de los noventa, la volatilidad electoral y de los partidos políticos se ha incrementado significativamente. El índice de volatilidad electoral promedio del Perú en el periodo 1980-2001 fue de 49,1 puntos, el más alto de los cinco países andinos (Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela). A manera de comparación, el índice promedio de volatilidad para la Cámara Baja de los Estados Unidos entre 1944 y 1994 fue de cuatro puntos; mientras que España, entre 1974 y 1993, tuvo un índice de volatilidad de 16,3 puntos (Roncagliolo & Meléndez, 2007, p. 403). En este contexto, ¿cuáles son las pistas que le permiten al ciudadano peruano orientarse entre las opciones que se le presentan en una elección? Julio Carrión (1996), analizando las elecciones presidenciales de 1990, y Alberto Vergara (2007), haciendo lo propio en las elecciones presidenciales de 2006,

han propuesto cada uno por su lado la importancia de determinados factores de la cultura política peruana que proporcionan pistas o atajos cognitivos al elector para orientar su decisión frente a una oferta electoral diversa y volátil. Un componente importante de esta cultura política peruana sería el «populismo», que Vergara, siguiendo a Touraine (Touraine, 1988), identifica como una promesa de inclusión a la modernidad económica y política, basada en la capacidad de los gobernantes de otorgar un conjunto de derechos o condiciones de vida a la población a través de la acción del Estado, dirigida por un líder político carismático.

El origen de esta «cultura populista» está vinculado con las limitaciones del desarrollo capitalista y del mercado como mecanismo de inclusión y movilidad social en las sociedades latinoamericanas, entre ellas, la peruana.

La modernización en estas sociedades ha sido para muchos sectores sociales producto de la capacidad del Estado de otorgar una serie de servicios sociales a su población (educación, salud, empleo en empresas públicas).

Sin embargo, las restricciones fiscales de los Estados han hecho que estos procesos de modernización sean limitados o truncos.

A pesar de ello, esta forma de modernización habría configurado lo que Vergara llama una «cultura política populista» (que Touraine llama «política nacional popular») donde los sectores sociales que se adscriben a esta forma de orientarse en el escenario político evalúan la oferta política que se les presenta en las elecciones en función de las promesas de mayor inclusión en la modernidad por medio de la acción del Estado.

Dependiendo de dónde se ubique en la escala social, así como en qué lado de las líneas de división étnicas o regionales del país esté, el elector individual será más propenso a utilizar los atajos cognitivos provistos por esta cultura populista para orientar su decisión. De ahí la importancia de tomar en cuenta, en el análisis del comportamiento electoral, las líneas de división social que separan aquellos sectores de la población mejor ubicados dentro de la modernidad capitalista y económica, y aquellos que permanecen excluidos de ella o son incorporados fragmentaria e imparcialmente. Los sectores sociales más excluidos tenderían a orientarse hacia opciones políticas que se presentan como «más populistas», mientras que los mejor integrados al mercado como espacio de movilidad social se distanciarían de ellas.

Las hipótesis de investigación que surgen a partir de estas ideas se emparentan de alguna forma con los postulados teóricos de las escuelas clásicas de Columbia y de Michigan. Los grupos de pertenencia, marcados por las diferencias sociales que existen en nuestro país, configuran una serie de creencias y valores sociales que influyen la decisión del elector. A partir de ello se van formando culturas políticas que funcionan como mapas cognitivos para calificar y orientarse

en relación con los actores de la oferta electoral (los partidos y los candidatos). Sin embargo, dada la fragilidad y el escaso nivel de institucionalización del sistema de partidos en el país, estos valores y orientaciones sociales no llegarían a configurar identificaciones partidarias estables en el largo plazo, de ahí que el voto puede estar también fuertemente influenciado por la evaluación racional del ciudadano en cada elección de qué opción política podría ser más cercana a sus intereses o sus identidades sociales.

A continuación, nos proponemos realizar un análisis descriptivo de cómo las diferenciaciones sociales en el Perú han estado relacionadas con las orientaciones políticas del electorado en las elecciones presidenciales de 1980 a la fecha. El objetivo es identificar algunos patrones sistemáticos o recurrentes entre estas variables para determinar su nivel de influencia en los resultados electorales.

4. DATOS Y VARIABLES

En este trabajo, hemos decidido adoptar un enfoque metodológico basado en el análisis de resultados electorales agregados a nivel geográfico. La variable dependiente en nuestro análisis será el resultado, en porcentaje de votos válidos, que obtuvieron las principales listas de candidatos en las primeras vueltas presidenciales de 1980 a 2006 a nivel provincial. Las fuentes de estos datos son los resultados electorales históricos registrados por el Jurado Nacional de Elecciones y (a partir de 1995) por la Oficina Nacional de Procesos Electorales (ONPE). Estos datos han sido sistematizados por Fernando Tuesta Soldevilla en diferentes publicaciones (Tuesta, 2001) y actualmente están disponibles en su página web personal².

Como variables independientes, hemos considerado indicadores que dan cuenta de algunas diferenciaciones centrales en la sociedad peruana, que distinguen grupos con diversos niveles de integración a la economía de mercado y a la sociedad nacional.

En primer lugar, estamos tomando en cuenta como variable independiente el porcentaje de la población económicamente activa (PEA) que es obrera o empleada a nivel provincial. Denominaremos a esta variable PEA asalariada y la interpretamos como un indicador del grado de penetración de las relaciones capitalistas modernas en el mercado de trabajo. A diferencia de otras modalidades de integración al mercado (como el autoempleo informal tan difundido en el país), en principio, el ser asalariado implica una relación de producción más «moderna» en términos capitalistas y puede dar acceso a algunos derechos sociales

² Véase <<http://blog.pucp.edu.pe/fernandotuesta/node/603?q=node/488>>. Consulta realizada el 17 de octubre de 2008.

(como el seguro social). En aquellas localidades donde este porcentaje sea mayor se supone que su población estará integrada en mejores condiciones al mercado capitalista y viceversa.

De acuerdo con la información disponible³ del censo continuo de 2006, el 38% de la PEA del país era asalariada. En contraste, en el censo de 1993 ese porcentaje ascendía a 43%, mientras que el dato registrado por el censo de 1981 fue de 46%. La tendencia decreciente de este indicador muestra el proceso de informalización del mercado de trabajo en el país a raíz de la crisis económica de la década de 1980 y de las reformas neoliberales de la década de 1990 que precarizaron el empleo. Este proceso parece que todavía no ha podido ser revertido por el crecimiento económico que el país ha experimentado entre 2001 y 2006.

Otra variable independiente en nuestro análisis es el *porcentaje de la población que tiene una lengua materna indígena* (quechua, aymara o lengua amazónica). Este indicador es en realidad multidimensional, ya que existe una relación directa entre mayores niveles de pobreza y mayor incidencia de personas con lengua indígena. Sin embargo, analítica y conceptualmente, los niveles de pobreza y el idioma materno son variables muy distintas. Su alto grado de asociación en el caso peruano muestra que las poblaciones que podrían calificarse como «indígenas» sufren mayores carencias que el promedio nacional, lo cual puede atribuirse a factores de discriminación y de exclusión social por motivos culturales. Esto hace que en la práctica, estos grupos sociales no estén plenamente integrados a la nación peruana o sean tratados como ciudadanos de segunda categoría.

Como fuentes para este indicador, hemos tomado, en primer lugar, los resultados del censo continuo de 2006, que miden la variable entre la población que tiene tres o más años de edad. En este caso, el porcentaje de personas con lengua materna indígena fue de 18,3%. También hemos utilizado los datos a nivel provincial de esta variable para el censo de 1993. En aquella oportunidad, la población que sirvió de base para la medición fueron las personas que tenían cinco o más años de edad y los resultados obtenidos fueron que el 19,42% de esta población tenía el quechua, aymara o lengua nativa como idioma o dialecto materno.

En el censo continuo de 2006, se hizo una pregunta destinada a medir la autoidentificación étnica del jefe de hogar y su cónyuge. La pregunta formulada era: «Por sus antepasados y de acuerdo con sus costumbres, ¿usted se considera de origen: quechua; aymara; de la amazonía; negro/mulato/zambo; blanco; mestizo; u otro?». El resultado arrojó que el 27% de los informantes se consideraban

³ Los datos provienen de la página web del Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI), <<http://www.inei.gob.pe>>, y de la base de datos de la Encuesta Nacional Continua o «censo continuo» de 2006 realizado por la misma institución.

quechuas, aymaras o de la Amazonía; mientras que un 57,6% se consideraba mestizo. Como resulta obvio, el nivel de correlación entre el idioma indígena y la autoidentificación étnica es muy alto, pero también resulta relevante que en términos porcentuales hay más personas que se autoidentifican como indígenas que las que hablan algún idioma indígena.

Por tanto, el porcentaje de personas que se *autoidentifican como indígenas* en el censo continuo de 2006 será otra de las variables tomadas en cuenta en el análisis. También resulta ser un indicador multidimensional que puede interpretarse de manera análoga al porcentaje de personas que tiene como lengua materna un idioma indígena. Sin embargo, si consideramos que más del 57% de los jefes de hogares y sus cónyuges se identifican como mestizos, la autoidentificación indígena nos sirve como un indicador de la importancia demográfica que tienen en una localidad sectores que se definen de manera distinta de la autoimagen cultural más común de los peruanos y, por lo tanto, puede servirnos como otra medida del nivel de exclusión cultural de esta localidad de la sociedad nacional.

Finalmente, para algunos análisis utilizaremos los indicadores de desarrollo humano que provienen de los del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) para el Perú (PNUD, 2006 y 2002), en particular, el índice de desarrollo humano (IDH) y la esperanza de vida, como indicadores de los niveles de vida que pueden alcanzar los habitantes de las provincias del país.

5. RESULTADOS Y ANÁLISIS DE LOS DATOS

En primer lugar, analizaremos los resultados de la primera vuelta de las elecciones presidenciales del año 2006 y su relación con las variables independientes seleccionadas. En el cuadro 1 se muestran los resultados oficiales publicados por la ONPE para esa elección. Adicionalmente, hemos añadido tres columnas con los datos estadísticos descriptivos de los votos válidos en las 194 provincias del país para las tres primeras listas presidenciales, que fueron encabezadas por Ollanta Humala, Alan García y Lourdes Flores, respectivamente.

El dato reportado en la quinta columna del cuadro es el promedio o media no ponderada del porcentaje de votos válidos a nivel provincial, que difiere de los resultados nacionales mostrados en la tercera columna. Recordemos que nuestras unidades de análisis son las 194 provincias del país. Se trata de unidades agregadas que tienen pesos electorales distintos. Como se aprecia, la media no ponderada para el voto por Ollanta Humala, candidato de Unión por el Perú, es mayor que su resultado nacional, eso quiere decir que muchas provincias con poco peso electoral le dieron a este candidato una alta votación. Lo inverso sucede en el caso de Lourdes Flores, la candidata de Unidad Nacional. Otro dato relevante es la

variabilidad del voto entre las provincias, que en términos absolutos (fijándonos en la desviación estándar) fue mayor en el caso de Humala y menor en el caso de Lourdes Flores. Sin embargo, si nos fijamos en la variabilidad relativa (el coeficiente de variabilidad)⁴, el patrón de votación por Alan García aparece como más disperso, eso quiere decir que en muchas provincias este candidato obtuvo resultados ya sea muy por encima o por debajo de su voto promedio.

Como una primera aproximación para observar la relación entre el voto por los tres principales candidatos en la primera vuelta de 2006 y las variables independientes consideradas en este trabajo haremos uso del *índice de originalidad*. Dicha medida es un indicador de qué tanto se diferencia la votación por un determinado partido político en un grupo social o una localidad específica de su votación promedio nacional (Martin, 2000, p. 38). Por ejemplo, si un partido tuvo una votación nacional del 50% y en una localidad «A» su resultado fue de 25%, el índice de originalidad para esa localidad será de $25/50 = 0,5$. Si por el contrario, en otra localidad «B» obtuvo 75% de los votos, el índice correspondiente será de $75/50 = 1,25$. En el primer caso, significa que el resultado de ese partido estuvo un 50% por debajo de su promedio nacional, sucediendo lo contrario en el segundo caso.

En el gráfico 1, presentamos los resultados de ese índice según deciles de provincias ordenadas en función del porcentaje de la PEA asalariada medida en el censo continuo de 2006. El decil 1 del eje horizontal representa al 10% de provincias con menor porcentaje de PEA asalariada; mientras que el decil 10 representa al 10% de provincias con mayor porcentaje de PEA asalariada.

Como puede verse en el gráfico 1, encontramos dos patrones bastante diferenciados en la relación entre estas variables. La tendencia general del voto por Ollanta Humala fue que su índice de originalidad disminuye conforme nos desplazamos hacia los deciles más altos de la variable independiente. En el primer decil de provincias con menores porcentajes de PEA asalariada, el porcentaje de votos válidos promedio por Humala fue 1,6 veces mayor que su resultado nacional (30,6%); mientras que en el decil superior tan solo representó tres cuartos de su resultado nacional.

En los índices de originalidad de la votación por Lourdes Flores y Alan García, la tendencia general es opuesta a la observada en el caso de Ollanta Humala. En otras palabras, conforme se incrementa el porcentaje de PEA asalariada, la aceptación de estos candidatos tiende a incrementarse.

⁴ El coeficiente de variabilidad es el resultado de dividir la desviación estándar entre la media o promedio, multiplicado por cien. Nos da una idea de qué tanto representa la desviación estándar en relación con el tamaño de la media de cada grupo.

Cuadro 1
Resultado de elecciones 2006, primera vuelta

Organización política	Votos	% de votos válidos	% de votos emitidos	Promedio no ponderado de votos válidos a nivel provincial	Desviación estándar	Coficiente de variabilidad
Union por el Perú	3 758 280	30,62	25,69	42,3	16,3	38,5
Partido Aprista Peruano	2 985 858	24,32	20,41	21,2	12,9	60,9
Unidad Nacional	2 923 280	23,81	19,98	13,2	6,4	48,7
Alianza por el Futuro	912 420	7,43	6,24			
Frente de Centro	706 156	5,75	4,83			
Restauracion Nacional	537 564	4,38	3,67			
Concertacion Descentralista	76 106	0,62	0,52			
Partido Justicia Nacional	65 636	0,54	0,45			
Partido Socialista	60 955	0,50	0,42			
Alianza para el Progreso	49 332	0,40	0,34			
Con Fuerza Perú	38 212	0,31	0,26			
Movimiento Nueva Izquierda	33 918	0,28	0,23			
Fuerza Democratica	24 584	0,20	0,17			
Avanza País-Partido de Integracion Social	24 518	0,20	0,17			
Partido Renacimiento Andino	22 892	0,19	0,16			
Progreseemos Perú	13 965	0,11	0,10			
Partido Reconstrucción Democratica	11 925	0,10	0,08			
Resurgimiento Peruano	10 857	0,09	0,07			
Y Se Llama Perú	10 539	0,09	0,07			
Perú Ahora	8410	0,07	0,06			
Total de votos válidos	12 275 385	100,00	83,89			
Votos blancos	1 737 045		11,87			
Votos nulos	619 573		4,23			
Total de votos emitidos	14 632 003		100,00			

Total de electores hábiles de las actas computadas: 16 494 906

Fuente: ONPE, elaboración propia

Gráfico 1

Elecciones presidenciales 2006: Índice de originalidad para el voto válido a nivel provincial de los principales candidatos en primera vuelta, según deciles de % de PEA asalariada

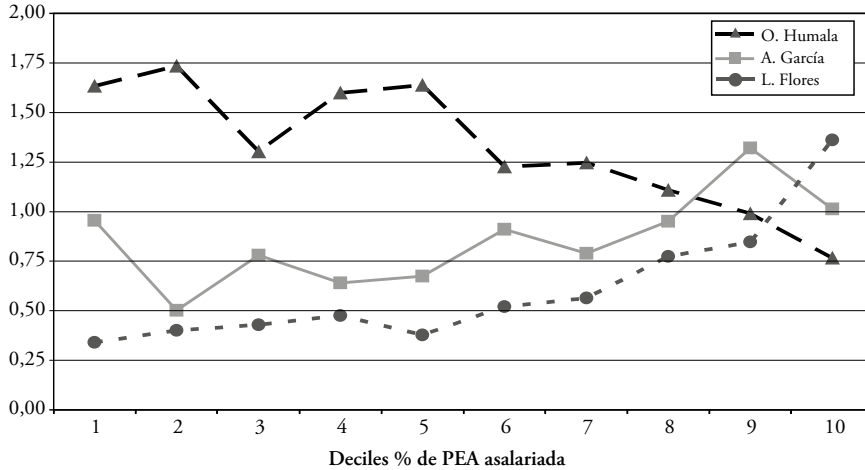
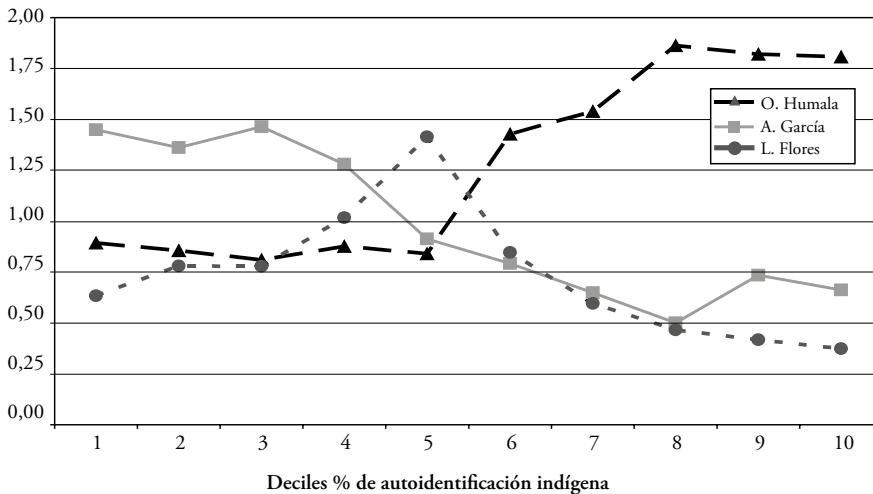


Gráfico 2

Elecciones presidenciales 2006: Índice de originalidad para el voto válido a nivel provincial de los principales candidatos en primera vuelta, según deciles de % de autoidentificación indígena



En las localidades ubicadas en los tres deciles superiores el índice de originalidad de los candidatos tiende a ser igual a 1, es decir, al promedio nacional. Eso se debe a que es en esos deciles donde se ubican las provincias con mayor peso electoral, básicamente las provincias donde están las principales ciudades del país. Recordemos que el peso electoral de cada provincia es bastante heterogéneo en nuestro país.

En el gráfico 2, presentamos la tendencia del índice de originalidad entre los deciles de provincias ordenadas por el porcentaje de población que se autoidentifica como indígena de acuerdo con el censo continuo de 2006.

El gráfico 2 es en cierta medida una imagen invertida del gráfico 1. Conforme nos movemos hacia provincias donde una mayor proporción de personas se autoidentifican como indígenas, el índice de originalidad del voto por Ollanta Humala tiende a crecer de manera sustantiva, sucediendo lo inverso en el caso de los otros dos candidatos.

Es interesante observar el punto en el decil 5 (donde se ubica la mediana del porcentaje de autoidentificación indígena a nivel provincial) que rompe claramente la tendencia del índice de originalidad del voto por Lourdes Flores. Ello se debe a que en ese decil se ubica la provincia de Lima, donde la candidata de Unidad Nacional obtuvo su mejor resultado electoral: 35,5% de los votos válidos, superando por más de diez puntos a sus dos competidores más importantes. Lima es la circunscripción electoral más grande y heterogénea del Perú, que concentra el 35% de la población electoral del país. Es además la provincia donde, en términos absolutos, se concentra la mayor cantidad de personas que se autoidentifican como indígenas (21% de los jefes de hogar limeños y sus cónyuges). Si extrapolamos los datos estadísticos disponibles, podríamos decir que el 25% de las personas que se autoidentifican como indígenas en el país viven en la ciudad de Lima. Ello no significa necesariamente que estos limeños en particular votaron por Lourdes Flores en mayor proporción que por los otros candidatos.

El cuadro 2 resume las asociaciones encontradas entre las variables que estamos analizando, incluyendo dos variables adicionales que provienen de los indicadores del desarrollo humano del PNUD: el índice de desarrollo humano a nivel provincial para el año 2005 (IDH) y la esperanza de vida al nacer por provincia para el mismo año. Este cuadro muestra los coeficientes de correlación bivariadas R de Pearson entre las variables electorales y las variables sociales. Todos los coeficientes son significativos al 1%, con excepción del coeficiente marcado con un asterisco que es significativo al 5%.

Cuadro 2

Matriz de correlaciones bivariadas *R* de Pearson entre las variables de análisis

Variables	% Ollanta Humala	% Alan García	% Lourdes Flores	% PEA Asalariada	% Autorid. Indígena	Índice de Desarrollo Humano (2005)
% Alan García	-0.72					
% Lourdes Flores	-0.55	0.17*				
% PEA Asalariada	-0.49	0.45	0.51			
% Autoidentificación indígena	-0.76	-0.59	-0.42	-0.39		
Índice de Desarrollo Humano (2005)	-0.49	0.47	0.53	0.81	-0.51	
Esperanza de vida al nacer (2005)	-0.67	0.56	0.55	0.68	-0.68	0.86

Todos los coeficientes son significativos con un *alpha* de 1% con excepción del marcado con un asterisco que es significativo con un *alpha* de 5%

Si nos fijamos en los coeficientes correspondientes a la asociación entre el porcentaje de PEA asalariada y los resultados electorales, confirmamos lo visto en el gráfico 1: la asociación entre el voto por Humala y la PEA asalariada es negativa, mientras que en los otros dos candidatos la asociación resulta ser positiva. En otras palabras, las localidades que estarían mejor integradas a la economía capitalista y al mercado de trabajo moderno tienden a orientar su voto hacia candidatos como Lourdes Flores y Alan García. Por el contrario, conforme el nivel de integración al mercado de trabajo moderno disminuye, se incrementa el voto por Ollanta Humala. Es interesante anotar que la magnitud, en términos absolutos, de los valores de estos coeficientes es similar en los tres candidatos.

En cuanto a los coeficientes relativos a la asociación del voto con la variable % de autoidentificación indígena, apreciamos correlaciones negativas con el voto por Lourdes Flores y Alan García y positivas en el caso de Humala, lo que confirma los hallazgos vistos en el gráfico 2. Comparando los coeficientes de ambas variables, se aprecia que los valores para el voto por Humala y por García son más altos para la correlación con la autoidentificación indígena que con el porcentaje de la PEA asalariada, lo que indica que la primera variable representaría un factor más determinante en el voto para los dos candidatos que pasaron a la segunda vuelta.

Otro dato mostrado en el cuadro 2 es la asociación con las variables del IDH. En este caso, las asociaciones son positivas con el voto por García y Flores, y negativas con el voto por Humala: conforme se incrementan los niveles

de vida y de desarrollo humano, la tendencia es que el voto por García y Flores se incrementa, mientras que sucede lo contrario con el voto por Humala.

También es necesario resaltar cómo están asociadas las variables del IDH con las otras dos variables sociales: en provincias con mayores niveles de desarrollo humano, el % de PEA asalariada tiende a incrementarse y el porcentaje de autoidentificación indígena a disminuir, por lo que se deduce que una mejor integración a la economía de mercado favorecería el desarrollo humano; mientras que la mayor incidencia de población indígena en ciertas provincias está asociada con menores niveles de desarrollo humano, corroborando la discriminación y exclusión social que en la práctica sufren las poblaciones indígenas en el Perú.

Para finalizar el análisis descriptivo del cuadro 2, podemos hacer notar que si bien existe una correlación negativa entre el voto por Humala y los otros dos candidatos, entre el voto por García y el de Lourdes Flores la correlación es positiva, significativa al 5% aunque algo débil. En otras palabras, existe una ligera tendencia a que conforme aumentan los niveles de votación por García suceda lo mismo con los votos por Flores.

Para complementar este análisis y evaluar con mayor precisión el impacto de las dos principales variables sociales en el voto presidencial del año 2006, hemos calculado tres modelos de regresión múltiple que se muestran en el cuadro 3.

Cuadro 3
Elecciones 2006: Modelos de regresión lineal para el voto válido en primera vuelta de los tres principales candidatos

	Humala	García	Flores
Constante	36.54** (2.10)	22.39** (2.09)	10.36** (1.12)
VARIABLES INDEPENDIENTES			
% PEA asalariada	-0.27** (0.06)	0.24** (0.06)	0.19** (0.03)
% Autoidentificación indígena	0.31** (0.02)	-0.18** (0.02)	-0.05** (0.01)
R²	0.62	0.41	0.32
N	194	194	194

Los errores estándar de los coeficientes están entre paréntesis
(**) sig<0,01

La regresión múltiple nos permite calcular el efecto de cada variable independiente en el voto: por cada 1% de incremento en la PEA asalariada de una provincia,

se espera que Ollanta Humala reduzca su porcentaje de votos válidos en 0,27%; en cambio, ese incremento tendría un efecto de +0,24% de votos válidos por Alan García y +0,19% por Lourdes Flores. Por otro lado, por cada 1% de incremento en el porcentaje de personas que se autoidentifican como indígenas, Humala incrementaría su votación en 0,31%; mientras que García y Flores la verían reducida en 0,18% y 0,05%, respectivamente. Estos modelos nos confirman que los efectos de las variables sociales consideradas son mayores en la votación por Humala que en los otros dos casos. Interpretando el coeficiente de determinación de los modelos (R^2) encontramos que 62% de la varianza del voto por el candidato de Unión por el Perú–Partido Nacionalista Peruano resulta ser explicada por las variables independientes del modelo, en contraste con 41% para García y 32% para Flores.

Estos resultados dan cuenta de forma contundente que existe una línea de división social y cultural relacionada con las tendencias electorales de 2006: el voto por García y Flores está relacionado con localidades mejor integradas a la economía de mercado y menos excluidas, en términos culturales, en la sociedad peruana; mientras que lo contrario ocurriría respecto del voto por Ollanta Humala. Además, el voto por este último candidato resulta mucho más influenciado por indicadores de exclusión social que el de los otros dos, lo que podría interpretarse como un voto de protesta de sectores sociales del país que no se sienten representados por opciones políticas que han tenido mayor presencia en la historia política del país.

Con la finalidad de analizar cómo las dos principales variables independientes consideradas en este estudio se han relacionado con los resultados electorales, hemos calculado sus coeficientes de correlación R de Pearson con el voto válido en primera vuelta de las elecciones presidenciales de las principales agrupaciones políticas del país desde 1980 hasta 2006. Estos resultados se muestran en el cuadro 4.

Nótese que en el cuadro 4 hemos reemplazado el porcentaje de autoidentificación indígena por el porcentaje de personas cuya lengua materna es indígena. La razón es que solo disponemos de datos para la primera variable en el censo continuo de 2006. Usando esta última fuente de datos encontramos que la correlación entre la autoidentificación indígena y la lengua indígena es muy alta (su coeficiente R de Pearson es 0,93), por lo que resulta válido hacer esta sustitución para así tener indicadores más comparables a lo largo del tiempo.

Una primera constatación es que los niveles de asociación entre las variables sociales y los resultados electorales han sido históricamente más importantes en el caso del porcentaje de población con lengua indígena. Ello puede observarse tanto en las correlaciones bivariadas simples como en los promedios ponderados de los coeficientes que se muestran en las dos últimas columnas de la tabla.

El porcentaje de PEA asalariada adquiere importancia como factor asociado con los resultados electorales en las dos primeras elecciones legítimas del siglo XXI.

Para resumir un primer grupo de conclusiones que podemos extraer del análisis de la asociación entre el porcentaje de la PEA asalariada con los resultados electorales que se muestran en el cuadro 4 hemos elaborado el cuadro 5. En él mostramos dónde se ubicaría la base social del voto por las agrupaciones políticas entre 1980 y 2006, tomando como eje de división social los niveles de integración de las provincias a la economía de mercado. Para ubicar una agrupación en uno u otro lado de esta línea de división, tomamos como referencia un coeficiente de asociación que en términos absolutos sea igual o mayor a 0,2, lo que indicaría una correlación entre débil a moderada. Coeficientes con valores absolutos menores a 0,2 representan una situación donde la base social del voto es heterogénea en relación con este eje de división social; es decir, que no se presenta una tendencia marcada hacia uno u otro extremo de este y que los niveles de votación son similares en los diferentes tipos de provincias.

Como puede verse, por lo general las agrupaciones tradicionalmente vinculadas con la derecha política peruana (Partido Popular Cristiano, Frente Democrático, Unidad Nacional, Frente Independiente Moralizador) encuentran su base electoral en las localidades mejor integradas a la economía de mercado, con excepción de Unidad Nacional en el año 2001.

En el otro lado de esta línea de división, ubicamos la lista de Izquierda Unida encabezada por Henry Pease en las elecciones de 1990, y las candidaturas de Alejandro Toledo y Ollanta Humala en 2001 y 2006, respectivamente.

Otro dato interesante es que el APRA tenía una base social más heterogénea hasta 1995, luego de esa fecha, fue encontrando sus mejores resultados electorales más claramente anclados en las localidades mejor integradas a la economía de mercado.

Las preferencias por Fujimori y el fujimorismo expresadas en el voto por las diversas listas o alianzas electorales que encabezaba (Cambio 90, Cambio 90-Nueva Mayoría, Perú 2000, Alianza por el Futuro) han tenido una base social heterogénea respecto de este eje de división social.

El cuadro 6 resume las correlaciones entre el voto y el porcentaje de personas con lengua materna indígena. Como se ha indicado, históricamente este eje de división muestra una correlación promedio más importante con los resultados electorales que el basado en los niveles de integración al mercado. Las listas presidenciales que tienen mejores resultados en provincias con mayor incidencia de población indígena han sido las de la izquierda a lo largo de la década de 1980 hasta las elecciones de 1990. En las elecciones de 1980, la lista de Acción Popular encabezada por Fernando Belaúnde también se ubicaba en este lado de

Cuadro 4

Correlaciones R de Pearson entre el % de votos válidos a nivel provincial en la primera vuelta de las elecciones presidenciales, el % de la PEA asalariada y el % de personas cuya lengua materna es una lengua indígena

Elecciones		PEA asalariada (empleados y obreros)			% de personas cuya lengua materna es una lengua indígena		R de Pearson promedio ponderado (valores absolutos)	
Año	Agrupaciones políticas	Censo 1981	Censo 1993	Censo continuo 2006	Censo 1993	Censo continuo 2006	PEA asalariada	Lengua indígena
1980	Acción Popular	0,01			0,26*		0,04	0,34
	Partido Aprista Peruano	-0,04			-0,55*			
	Partidos de izquierda	-0,04			0,38*			
	Partido Popular Cristiano	0,38*			-0,21*			
1985	Partido Aprista Peruano	-0,00			-0,42*		0,07	0,42
	Izquierda Unida	-0,07			0,50*			
	Partidos de derecha (PPC y AP)	0,28*			-0,39*			
1990	Frente Democrático (FREDEMO)		0,21*		-0,50*		0,18	0,39
	Cambio 90		0,18*		0,23*			
	Partido Aprista Peruano		0,08		-0,45*			
	Izquierda Unida		-0,44*		0,61*			
	Izquierda Socialista		-0,07		0,08			
1995	Cambio 90 - Nueva Mayoría		-0,03		-0,02		0,07	0,05
	Unión por el Perú		0,27*		-0,09			
	Partido Aprista Peruano		0,18*		-0,44*			
2000	Perú 2000			0,07		-0,37*	0,07	0,30
	Perú Posible			0,08		0,28*		
2001	Perú Posible			-0,41*		0,61*	0,32	0,44
	Partido Aprista Peruano			0,43*		-0,50*		
	Unidad Nacional			-0,08		-0,21*		
	Frente Independiente Moralizador			0,37		-0,22*		
2006	Unión por el Perú - Partido Nacionalista Peruano			-0,49*		0,75*	0,38	0,53
	Partido Aprista Peruano			0,45*		-0,59*		
	Unidad Nacional			0,51*		-0,43*		
	Alianza por el Futuro			-0,02		-0,22*		
	Frente de Centro			0,10		-0,24*		

Nota: Coeficientes significativos con un $\alpha < 0,05$ están acompañados de un asterisco. La ponderación para el R de Pearson promedio se hizo tomando como factor de ponderación el % voto promedio de las agrupaciones a nivel provincial.

Cuadro 5**Eje de división socioeconómica – Integración a la economía de mercado**

Base social: tipo de localidad	Elecciones: primera vuelta						
	1980	1985	1990	1995	2000	2001	2006
Mejor integradas a la economía de mercado	PPC	PPC y AP	FREDEMO	UPP		APRA FIM	UN APRA
Menos integradas a la economía de mercado			IU			PP	UPP-PNP
Base heterogénea	APRA Izquierda AP	APRA IU	C90 IS APRA	C90-NM APRA	P2000 PP	UN	AF FDC

Cuadro 6**Eje de división étnica**

Base social: tipo de localidad	Elecciones: primera vuelta						
	1980	1985	1990	1995	2000	2001	2006
Mayor población indígena	Izquierda AP	IU	IU C90		PP	PP	UPP-PNP
Mayor población indígena	PPC APRA	PPC y AP APRA	FREDEMO APRA	APRA	P2000	APRA UN FIM	UN APRA AF FDC
Base heterogénea			IS	C90-NM UPP			

la línea de división étnica. A partir de 2000, las agrupaciones que han tenido una mejor *performance* electoral en este tipo de provincias han sido la de Perú Posible encabezada por Alejandro Toledo en 2000 y 2001, y la de la alianza Unión por el Perú-Partido Nacionalista Peruano dirigida por Ollanta Humala.

En el otro lado de esta línea de división, conforme disminuye el porcentaje de población con lengua indígena a nivel provincial, la tendencia es que aumente el voto por el APRA y las agrupaciones políticas de derecha (Partido Popular Cristiano, Frente Democrático, Unidad Nacional, Frente Independiente Moralizador).

Las listas encabezadas por Alberto Fujimori (Cambio 90, Cambio 90-Nueva Mayoría, Perú 2000) y sus seguidores en 2006 (Alianza por el Futuro) se han ubicado en diversos lados de este eje a lo largo de distintas elecciones. En la primera vuelta de 1990, el voto por Fujimori tendía a ser mayor en las provincias con mayor población indígena; en las de 1995 las preferencias por Fujimori tenían

una base heterogénea, es decir, no mostraban una inclinación marcada hacia uno u otro lado; luego en las elecciones del siglo XXI, el voto por Fujimori y sus seguidores tendía a incrementarse conforme disminuía el porcentaje de población indígena a nivel provincial.

Es interesante observar que en las elecciones de 1995, el voto de los dos candidatos con mayores preferencias (Fujimori por Cambio 90-Nueva Mayoría y Pérez de Cuéllar por Unión por el Perú) no estaba correlacionado significativamente con este eje de división social.

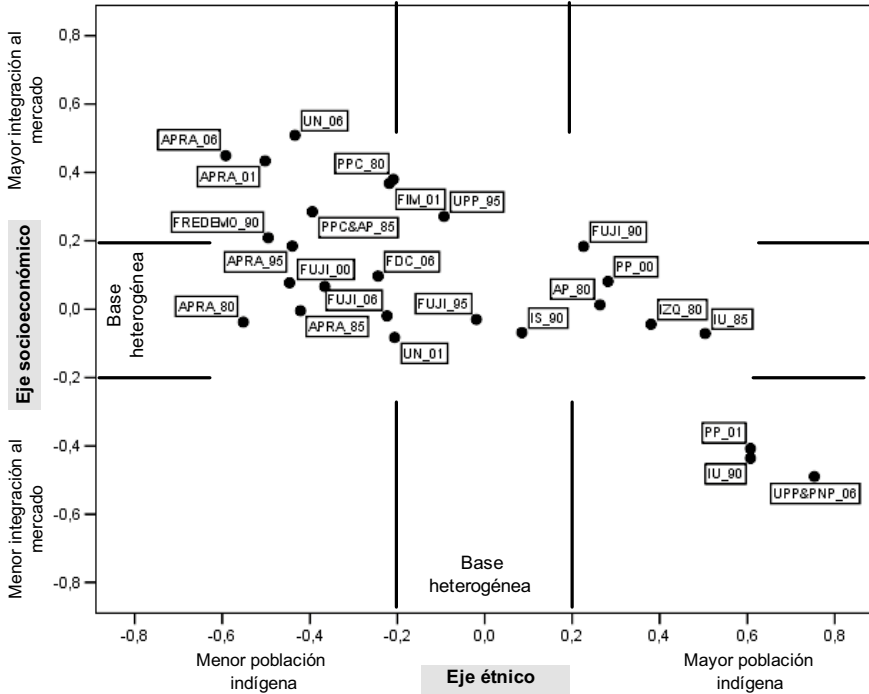
Notamos además que en las elecciones de 1990, el voto por Alfonso Barrantes de Izquierda Socialista (IS) tampoco aparecía correlacionado con esta línea de división. Recordemos que en aquella ocasión este candidato apenas obtuvo el 4,7% de los votos válidos a nivel nacional.

Para completar este análisis descriptivo, hemos elaborado el gráfico 3 donde cruzamos ambos ejes de división. Esto nos permite tener una especie de mapa de ubicación de las bases sociales del electorado de las agrupaciones políticas que compitieron en las elecciones presidenciales de 1980 hasta 2006. En el eje vertical, se ubica el coeficiente de correlación de cada lista presidencial con su posición en el eje de división socioeconómica definida por los niveles de integración al mercado de las provincias porcentaje de PEA asalariada. En el eje horizontal, se hace lo propio respecto de la línea de división étnica porcentaje de población con lengua indígena. Asimismo, en el gráfico, hacia el centro de cada eje, se marcan vallas que nos indican posiciones donde las listas presidenciales no muestran una correlación marcada o significativa con esas líneas de división social.

En el gráfico 3 observamos cómo el eje étnico es el que define con mayor claridad la diferencia en las bases sociales del electorado de los diferentes candidatos presidenciales en las elecciones de 1980 a 2006. Estas diferenciaciones son menos marcadas en el eje vertical, que representa las correlaciones respecto del nivel de integración a la economía de mercado y donde se aprecia una mayor concentración de puntos entre los coeficientes que van entre -0,2 y +0,2.

Otro elemento que se aprecia en el gráfico 3 es que en las elecciones de 2001 y sobre todo de 2006, la conjunción de ambos ejes de división social marca una distinción entre dos polos que aparecen como opuestos: los partidos y actores políticos con mayor presencia histórica en el escenario electoral (el APRA y Unidad Nacional) se ubican claramente en el polo de los sectores sociales mejor integrados al mercado y con menores niveles de población indígena. En el polo opuesto encontramos dos *outsiders*, Toledo y Humala.

Gráfico 3
Ubicación de los coeficientes de asociación en los ejes socioeconómico y étnico



Adicionalmente, se observa que la base social del electorado del APRA ha sufrido una mutación importante. Si bien ha mantenido su anclaje en el polo izquierdo de la dimensión étnica, en el siglo XXI se ha movido de manera significativa en la dimensión socioeconómica hacia el extremo de mayor integración a la economía de mercado.

La ubicación del fujimorismo en este gráfico 3 nos indica que esta opción política no ha estado tan marcada por las divisiones sociales que hemos analizado. En general, con excepción de 1990, en las otras elecciones caracterizadas por la importante presencia de este actor político en el escenario electoral (1995 y 2000), el peso de estos factores sociales ha sido menor que en el resto de procesos electorales, lo que debería llevarnos a considerar otro grupo de variables para comprender el comportamiento del electorado en esas coyunturas.

6. DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS

A pesar de la volatilidad tanto del comportamiento electoral como de la oferta política de candidatos en las elecciones analizadas, encontramos algunos patrones sistemáticos en la correlación entre las líneas de división social que caracterizan

a la sociedad peruana y las orientaciones electorales de la ciudadanía. En primer lugar, un patrón sistemático es el peso que tienen las divisiones que asociamos con las diferencias étnicas y los fenómenos de exclusión y discriminación sociocultural en la sociedad peruana que, como hemos visto, tienen una alta correlación con los niveles de desarrollo humano en el país. En las localidades con mayor presencia de población indígena, algunos partidos políticos (como la izquierda y la propuesta encabezada por Ollanta Humala) que se han caracterizado por una propuesta crítica del sistema político y económico, cuestionando las desigualdades sociales, tienden a encontrar mayores niveles de votación.

La asociación de este eje con algunos resultados electorales también puede interpretarse como un fenómeno de identificación del electorado con la propia imagen personal que proyectan los candidatos. En el caso de las elecciones de 2000 y 2001, el candidato de Perú Posible, Alejandro Toledo, utilizó su imagen de «cholo» como un argumento de identificación con el electorado peruano de raíces andinas. En las elecciones de 2006, si bien el propio Humala no construyó su imagen personal en términos étnicos, su discurso político sí reivindicaba la importancia de las raíces andinas de la cultura peruana en la definición de la identidad nacional.

Este eje étnico aparece correlacionado negativamente con agrupaciones políticas que han tenido mayor influencia, directa o indirectamente, en el poder político. El APRA gobernó al país entre 1985 y 1990. Los partidos que podríamos identificar con la derecha (Acción Popular, Partido Popular Cristiano) gobernaron entre 1980 y 1985 y en los noventa apoyaron varias de las reformas y orientaciones económicas implementadas por el gobierno de Fujimori. Estas agrupaciones no solo han tenido posturas cercanas a los grupos de poder fáctico en la sociedad (empresarios, fuerzas armadas, iglesia, medios de comunicación), sino que aparecen asociadas a los grupos menos excluidos de la sociedad peruana, tanto en términos étnico-culturales como en su articulación con la economía de mercado.

El eje de división social basado en los niveles de integración a la economía de mercado adquiere mayor peso en los resultados electorales en las elecciones recientes. Es cierto que siempre ha existido una relación entre exclusión económica y étnica en la sociedad peruana. Viendo el gráfico 3, notamos que los cuadrantes «+ mercado; + población indígena» y «mercado; población indígena» están vacíos porque esa configuración es poco probable en nuestro país. Sin embargo, el peso más propio y autónomo que ha adquirido la dimensión de integración a la economía de mercado en la diferenciación del electorado puede considerarse un fenómeno más reciente. Las elecciones presidenciales de 2006 estuvieron particularmente caracterizadas por el debate en torno al rol del mercado y de la inversión privada como motor del desarrollo económico en el país.

Durante el régimen fujimorista de los noventa, el Perú experimentó un cambio radical de su modelo económico, que ha tenido influencia en la forma en cómo se presentan las opciones y programas de los principales actores políticos nacionales. En la década de los ochenta, la centralidad del rol del Estado en el desarrollo económico del país tenía mayor legitimidad como discurso en el debate político. Podría decirse, siguiendo a Vergara, que la presencia de un «discurso político populista» común a los actores políticos centrales era un hecho poco cuestionado en aquella época. Es a lo largo de los años noventa que las posturas que podemos calificar como «pro mercado» o «neoliberales» adquirieron un estatus casi hegemónico como «cultura política» en las élites políticas y económicas, así como en un sector importante de la ciudadanía. Para algunos autores, ello tiene que ver con el cambio de un modelo de desarrollo social y económico «Estado-céntrico» hacia uno centrado en el mercado (Tanaka, 1998). Estos procesos explicarían de alguna manera qué eje de división social basado en los niveles de integración de la población a la economía de mercado haya adquirido la relevancia que ahora observamos en los resultados electorales, y que se conjugue con las líneas de división social previamente existentes para complejizar el mapa de posiciones que actualmente ocupan los actores políticos en las preferencias electorales.

En la sociedad peruana contemporánea, la resolución de los problemas de exclusión social y de desigualdad ya no requiere únicamente de la capacidad del Estado (que sigue siendo limitada) de proporcionar y expandir derechos y condiciones de vida a sectores desfavorecidos de la sociedad peruana. La forma cómo la población se articula a la economía de mercado dominada por agentes privados resulta cada vez más determinante como mecanismo de integración y movilidad social. La intervención directa del Estado en la economía ha venido retrayéndose y concentrándose en funciones de regulación, promoción de las inversiones privadas y manejo de los equilibrios macroeconómicos mediante la política fiscal y monetaria. Es por ello que para los grupos menos integrados a la actual economía privada de mercado (que incluye a gran parte de las localidades del país con fuerte presencia indígena), la postura que tengan los actores de la oferta política sobre esta dimensión adquiere relevancia en el campo electoral.

Sin embargo, podemos notar una diferencia importante entre los actores políticos ubicados en ambos extremos de la línea diagonal de las divisiones sociales del electorado peruano contemporáneo que se muestran en el gráfico 3. A pesar de la debilidad institucional que caracteriza al sistema de partidos peruanos, en el polo superior izquierdo (mayor integración al mercado—menor población indígena) encontramos organizaciones políticas como el APRA y Unidad Nacional, con mayor presencia en el escenario político nacional y con mayores niveles relativos de institucionalización. En el polo inferior derecho (menor integración al mercado

y mayor población indígena), los actores políticos fueron calificados como *outsiders* en su momento y enfrentan serios problemas para construir estructuras organizativas más consolidadas y coherentes.

Si uno de los factores que permiten la institucionalización de un sistema de partidos es el nivel de articulación que estos logran construir para representar de manera algo más continua y estable las demandas e intereses sociales de distintos sectores de la sociedad, en el caso peruano encontramos que este sistema de representación política tiene una «pata coja» en el lado de los sectores sociales más vulnerables y otra algo más sólida (en términos relativos) en el lado de los grupos mejor integrados al mercado y menos excluidos en términos socioculturales. Este desequilibrio político, junto con las profundas desigualdades sociales que caracterizan a nuestro país, sesga en exceso el tipo de prioridades que desde las instituciones estatales se fijan para definir la orientación de las políticas de Estado y la manera cómo estas pueden beneficiar, excluir, perjudicar o simplemente ignorar a importantes grupos de la sociedad peruana.

7. PERSPECTIVAS PARA PROFUNDIZAR EN EL ANÁLISIS

Si tratamos de ubicar el análisis presentado en este trabajo con las perspectivas teóricas clásicas de estudio del comportamiento electoral, la asociación más visible es con la línea de reflexión que centra su mirada en el peso de las variables sociológicas (la llamada «escuela de Columbia») o los trabajos que analizan la vinculación entre las divisiones relevantes en la sociedad y los alineamientos electorales que estos producen⁵. Sin embargo, como se ha señalado, esta puede ser una mirada limitada.

Si bien hemos tratado el tema indirectamente, un análisis más en profundidad de las características de la cultura política del electorado y su relación con sus preferencias electorales requería observar de manera mucho más directa estas variables, por ejemplo, mediante el empleo de información proveniente de encuestas a electores individuales. Por el momento, la relación entre las diferenciaciones sociales analizadas en este texto y las «culturas políticas» del electorado peruano (sean «populistas», «nacional populares», «liberales» u otras) queda todavía a nivel de hipótesis que requieren un trabajo de comprobación empírica que excede los límites de este texto.

Adicionalmente, hemos visto cómo algunas opciones políticas, como el fujimorismo, no aparecen claramente asociadas a las líneas de división social consideradas en este trabajo. Por otro lado, los actores políticos, tanto los partidos,

⁵ Un texto clásico en esta línea es el de Lipset y Rokkan (1967) para el caso europeo.

los candidatos como los propios electores tienen márgenes de agencia autónomos que pueden ir más allá de factores estructurantes. Para abordar estos problemas, algunas otras herramientas provenientes de otras teorías y tradiciones de investigación del comportamiento electoral (las sociopsicológicas, o los enfoques «racionales» y «económicos» del voto) pueden ser de utilidad.

Finalmente, tomando en cuenta variables más cercanas a la ciencia política que a la sociología electoral, no hay que olvidar la influencia de los componentes institucionales del sistema electoral en el comportamiento de los ciudadanos a la hora de votar. Estos elementos juegan un rol importante en la forma cómo se le presenta la oferta política al electorado; se convierten votos en poder político; se representan políticamente grupos sociales (las circunscripciones electorales); entre otros.

Felizmente, desde hace algunos años, contamos en el Perú con algunas herramientas y fuentes de información que nos permiten explorar estas pistas de análisis del comportamiento electoral peruano. Desde 1996, gracias a los esfuerzos de Catalina Romero, contamos con datos quinquenales de la Encuesta Mundial de Valores que posibilitan un análisis comparado de algunos elementos de la cultura política peruana. Asimismo, desde el año 2000, se aplica en nuestro país la encuesta posterior a las elecciones del Comparative Studies of Electoral Systems⁶ que permite hacer lo propio en el campo más netamente centrado en el comportamiento electoral. Por último, la creciente cantidad y variedad de sondeos de opinión sobre temas políticos y electorales nos provee de otras fuentes de información empírica para el análisis y la comprobación de hipótesis en esta área de investigación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barnes, Samuel H. (1997). Electoral Behavior and Comparative Politics. En Mark Irving Lichbach y Alan S. Zuckerman (Eds.), *Comparative Politics: Rationality, Culture and Structure* (pp. 115-141). Nueva York: Cambridge University Press.
- Campbell, Angus y otros (1964). *The American Voter: An Abridgment*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- Carrión, Julio (1996). La opinión pública bajo el primer gobierno de Fujimori: ¿de identidades a intereses? En Fernando Tuesta (Ed.), *Los enigmas del poder: Fujimori 1990-1996* (pp. 277-302). Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- Inglehart, Ronald (1997). *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic, and Political Change in 43 Societies*. Nueva Jersey: Princeton University Press.

⁶ La realización de las encuestas de este proyecto en el Perú son también producto de la iniciativa de Catalina Romero.

- Lazarsfeld, Paul Felix y otros (1968). *The People's Choice: How the Voter Makes Up his Mind in a Presidential Campaign* (3a ed). Nueva York: Columbia University Press.
- Lipset, Martin S. & Stein Rokkan (1967). *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*. Nueva York: The Free Press.
- Martin, Pierre (2000). *Comprendre les évolutions électorales: la théorie des réalignements revisitée*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Mayer, Nonna (2006). Qui vote pour qui et pourquoi? Les modèles explicatifs du choix électoral. *Pouvoirs, Revue Française d'Études Constitutionnelles et Politiques*, 120, 17-28.
- Norris, Pippa (2006). *Electoral Engineering: Voting Rules and Political Behavior*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Perrineau, Pascal (2006). Les usages contemporains du vote. *Pouvoirs, Revue Française d'Études Constitutionnelles et Politiques*, 120, 29-42.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2002). *Aprovechando las potencialidades. Informe de desarrollo humano Perú 2002*. Lima: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2006). *Informe del desarrollo humano Perú 2006*. Lima: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Roncagliolo, Rafael & Carlos Meléndez (Eds.) (2007). *La política por dentro: cambios y continuidades en las organizaciones políticas de los países andinos*. Lima: Idea Internacional – Transparencia.
- Rose, Richard (2000). *International Encyclopedia of Elections*. Londres: Macmillan.
- Tanaka, Martín (1998). *Los espejismos de la democracia: el colapso del sistema de partidos en el Perú, 1980- 1995, en perspectiva comparada*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Thomassen, Jacques (2005). *The European Voter: A Comparative Study of Modern Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Touraine, Alain (1988). *La parole et le sang: politique et société en Amérique latine*. París: Odile Jacob.
- Tuesta, Fernando (2001). *Perú político en cifras: 1821-2001*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- Vergara, Alberto (2007). *Ni amnésicos ni irracionales: las elecciones peruanas de 2006 en perspectiva histórica*. Lima: Solar.